

## El rickshaw

La mañana sonrío en el silencio selvático del Instituto Indio de Ciencias de Bengaluru, la colina de judías. Liv y yo avanzamos pisando las manchas de luz sobre la carretera húmeda y solitaria hacia el mundo del caos, esa realidad alternativa y frenética que transcurre al otro lado de las puertas del instituto.

Nos despedimos cordialmente de nuestra paz interior y allí nos encontramos, al borde una amalgama de colores, ruidos y olor a combustible quemado que fluye veloz ante nuestra mirada. El canto de los pájaros e insectos, su desorden reconfortante, ha dado paso a la armonía aleatoria y estridente de las bocinas, esas grandes protagonistas de la conducción india que inundan las monstruosas y despersonalizadas corrientes de tráfico, como gritos desesperados del individuo para reivindicar en vano su importancia diluida.

Los vehículos siguen trayectorias casi brownianas ante nuestra mirada pasmada, salpicándonos con chorros de judías arrancadas del legumbroso lecho bengaluriano. Nuestra misión es conseguir un rickshaw que nos lleve a nuestro destino, que por timidez pidió no aparecer en la historia. Podría parecer difícil llamar la atención del depredador rickshaw en su absorbente ecosistema de la corriente plasmática del tráfico, pero las duras condiciones de vida han agudizado considerablemente en los conductores la capacidad de detección de extranjeros en busca de transporte.

Y así es como nos ve. Nuestras miradas se cruzan fugazmente, y el taxista cazador avanza arrastrado por el chorro del tráfico en la mitad de la calzada opuesta a aquélla en la que nos encontramos. (Nótese cómo se evita usar la palabra “carril”, puesto que es un concepto de significado difuso en el mundo bengaluriano.)

Los físicos creemos instintivamente en la racionalidad del mundo. Dedicamos nuestras vidas a la búsqueda insensata de la lógica subyacente a él, lo compartimentamos en nociones abstractas como “trayectoria”, “choque”, “volumen”, “imposibilidad”, así como el lenguaje mismo compartimenta a las ideas en símbolos como “incredulidad” y “estupefacción”. Sin embargo, a veces no tenemos más remedio que admitir lo profundamente limitante e ingenua que resulta esta sistematización.

Viendo al rickshaw empezando a girar con aparente intención de cruzar la calzada hacia nosotros, las palabras resaltadas llenan en tropel mis pensamientos, acompañadas de otras como “suicidio” o “efecto túnel”. Pero ante mis ojos abiertos como platos, el pequeño vehículo consigue zigzaguear de manera *imposible* hasta aparecer a nuestro lado. Es como si fuera un fantasma que atravesara la materia. O como si el plasma de vehículos tuviera una conciencia o instinto supraindividual, una capacidad mágica de autorregulación.

Pero no es momento adecuado para reflexiones metafísicas, ya que las judías siguen salpicando moleestamente y el depredador rickshaw mira fijamente a sus presas.

¿Nos puedes llevar a A?

¿Eso está por B?

No sé, queremos ir a A.

Muy bien, a B.

¿Cuál es el precio?

Mmm... $1.5x$ .

¿Mejor lo dejamos en  $x$ , no?

(Gesto del conductor ladeando la cabeza, que en el mundo occidental se interpretaría como “me lo tengo que pensar” o directamente “no” pero que aquí, si bien también podría significar lo anterior, es en este caso un rotundo “sí”. Consultado al respecto, un físico autóctono interpreta el fenómeno como consecuencia de la invariancia bajo rotaciones trasladada al plano gestual.)

El conductor arranca de nuevo a su fiel máquina, compañera de milagros de supervivencia, tirando bruscamente de la palanca horizontal a su izquierda. El rickshaw carraspea y los espejos vibran. Sus tres ruedas hacen deslizarse al asfalto por debajo y comienza el zigzagueo entre el tráfico. El mundo oscila y retrocede en torno a nuestro entrañable triciclo motorizado, decorado ricamente con una lamparita de diodos verdes y rojos, relieves interiores en la capota, estrellas de Mercedes—al parecer nos ha tocado un taxi de marca—y un bello taxímetro que embellece al habitáculo, brillante bajo la funda transparente de la fábrica. Los coches y motos de alrededor se acercan y alejan en un vaivén continuo, pasan veloces a pocos centímetros de nosotros, invitando al corazón a darse un paseo por la tráquea. Los otros conductores y pasajeros pasan tan cerca que pueden leerse sus pensamientos, pero por desgracia no entiendo el idioma. Resulta interesante comprobar cómo los rickshaws enemigos suelen lucir flamantes taxímetros que no sólo los adornan sino que parecen estar en uso. *Enemigos*, puesto que el tráfico en la India es una metáfora de la lucha del individuo contra el mundo hostil. No existen otros conductores, sino un multiente malévolos cuyo fin vital es perjudicar el penoso avance del conductor aislado. Y para sobrevivir, para alcanzar la meta, hay que luchar. Virar, frenar, acelerar, apabullar, pitar, interpretar la división en carriles como una convención que es útil para no tener que pensar en todo momento el lado de la calzada que se quiere escoger.

Y las rotondas. Torbellinos de desorden en los que confluyen personas, animales, rickshaws, monopolos, coches, partículas supersimétricas y camiones. Las personas pueden decidir cruzar en cualquier momento, impulsadas por un súbito y urgente *carpe diem*, y si el tráfico se atasca pueden ofrecer mercancía. Los monopolos y partículas supersimétricas juegan a interaccionar, chocar y decaer a estados exóticos más allá del Modelo Estándar o a cascadas de gorgojeantes piones aprovechando que nadie se va a fijar en ellos. Y entre tanto, los vehículos giran, entrelazan y mezclan sus trayectorias. En ocasiones un rickshaw queda encajado dentro de otro y las dos desafortunadas piezas del puzle metálico han de ser empujadas hacia la inexistente acera para que las separe una grúa que nunca vendrá. A veces, ante la masiva influencia de materia deseosa de entrar en rotación, la misma conservación del momento angular que interviene en los extraños gestos de asentimiento de los habitantes locales fuerza que algunos coches salgan disparados hacia órbitas más alejadas del centro de la rotonda, de modo que algún rickshaw que tropieza en un bache sale volando por el aire, describe un par de amplios círculos flotando y decae parabólicamente sobre un tejado o solar cercano. Es por ello por lo que las casas cercanas a las rotondas tienen apiladas carcasas de rickshaws en las azoteas, cementerios silenciosos de olvido, óxido y metal retorcido azotado por las lluvias del monzón, pero dado que nadie se molesta en subir voluntariamente a las azoteas sólo unos pocos lo sabemos. Las fotos de satélite claman mudas por la tragedia del genocidio accidental de los rickshaws.

Hay quienes dicen que en el centro de una rotonda se disfruta de la calma del ojo del huracán. Quizá sean sólo especulaciones, pues pocos agraciados sobreviven a un viaje de ida y vuelta a un epicentro rotondil, y yo no acabo de encontrar la suficiente motivación como para intentarlo.

En cualquier caso, tras un cruce de este tipo la vida exorrotónica pasa a verse desde un nivel de conciencia

superior, desde una actitud contemplativa en la que el caos y la algarabía de sonidos se convierten en un rumor de fondo. Pasan los árboles con su arquitectura grandiosa, sus ramas que se abren para conquistar el cielo y sus raíces voladoras en tensión, como acumulando impulso para un inminente salto. Pasan bocacalles cubiertas por bóvedas de acacia de un verde irreal, fachadas de pintura desgastada salpicadas de un mosaico confuso y desparramado de carteles pintados a mano, mercados repletos de personas y colores, túnicas brillantes, frutas apiladas reivindicando la lógica de la geometría en el torbellino de formas. Una estación de autobuses en la que éstos parecen islas flotando por encima de un mar de gente en el que aletean bancos de rickshaws en largas y ondulantes filas. Templos con torres piramidales recargadas de una densa multitud de figurillas de piedra, reflejo divino de las mareas humanas en el mundo mortal. Estatuas coloridas de dioses ante las que niños expectantes interpelan a los pocos turistas occidentales—

¿De dónde eres?

De Suecia.

Capital Estocolmo.

¡Muy bien! Sorprendente.

Colecciono monedas. ¿Tienes alguna moneda de tu país?

No, lo siento mucho...

No importa. Nombra un país del mundo y te diré su capital.

India, Bangalore. La parada repentina del rickshaw nos despierta de nuestro ensimismamiento.

Ya hemos llegado a B.

Vale, pero queríamos ir a A.

Me habíais dicho B.

No, tú dijiste B cuando nosotros dijimos A.

Pero A está más lejos que B. Entonces no puedo llevaros por el precio que me pedisteis para ir a B.

¡Si fuiste tú el que habló de ir a B!

El viaje no tiene más remedio que continuar, ha cobrado impulso propio. El estado contemplativo no volverá hasta la siguiente rotonda, así que la atención recae de nuevo sobre el ecosistema del tráfico y el bullicioso avanzar de los depredadores rickshaw. Observo que algunos exhiben orgullosos trozos de tela colgando de los espejos retrovisores y ondeando alegres en el viento. Otros tienen afiladas protuberancias metálicas triangulares sobresaliendo de la rueda delantera, de utilidad aún por descubrir. En el respaldo del asiento del conductor hay una hoja plastificada con una foto suya favorecedora, con su nombre y número de licencia. El apartado de “grupo sanguíneo” está sin rellenar.

Se acerca un cruce-rotonda. El ambiente se tensa. El aire se enrarece y los rickshaws carraspean nerviosos, las aristas temblorosas envueltas en delgados halos refractantes. Delante de nosotros dos rickshaws se vigilan desafiantes, disputándose la posición óptima; sus espejos retrovisores llenos con los rostros concentrados y las miradas hostiles de los conductores. Uno de los depredadores decide atacar, virando bruscamente hacia el otro. Con pitidos de furia, ambos vehículos impactan y continúan unos metros chocando y rebotando elásticamente, las carrocerías bamboleantes. El rickshaw del lado exterior frena ligeramente hasta que su rueda delantera queda a la altura del eje trasero del otro, el filo de las cuchillas metálicas de la llanta destelleando a la luz del Sol cubierto por las nubes del monzón. Y vuelve a la carga. Una lluvia incandescente de chispas se derrama

sobre la calzada, minúsculos fuegos fatuos saltando en distintas direcciones, trazando líneas de luz mágicas y fugaces. Pero el rickshaw atacado aún se mantiene en pie, sus neumáticos pletóricos de presión, y ahora los dos contrincantes avanzan paralelos, tensos, inquietos, a una prudente distancia, acechándose, amagando.

El tiempo se enlentece y los otros rickshaws enmudecen expectantes. La rotonda se acerca. Los luchadores empiezan a entrar en ella cuando, en un abrir y cerrar de ojos, el conductor del lado interior desata su trapo-estandarte del espejo, arranca el taxímetro, lo anuda a un extremo de la tela y arroja a éste con fuerza hacia la carrocería del rickshaw enemigo. La tela enrollada como una cuerda impacta contra una barra vertical de la carrocería atacada y el extremo del taxímetro se anuda por sí solo en torno a ella; el lanzador toma impulso desde su vehículo y se lanza al aire, balancéandose en la cuerda en un amplio arco por detrás del rickshaw contrincante en vistas a sorprender a su conductor realizando el abordaje por el lado exterior de la rotonda. Pero mientras el atacante flotante, con los labios apretados y los músculos invisiblemente marcados bajo su camisa, alcanza los 180 grados sexagesimales de arco, el rickshaw abordado, que avanza a una velocidad endiablada, tropieza en un bache y sale despedido por el aire, trazando un par de elegantes círculos en el cielo arrastrando un apéndice de forma humana hasta decaer parabólicamente sobre un tejado cercano. Y el rickshaw que queda sin conductor continúa confuso unos metros en línea recta hasta impactar en otro coespecimen, quedando ambos inelásticamente encajados en un puzle metálico, en danza rectilínea hacia la acera inexistente en donde serán recogidos por una grúa que nunca vendrá.

El caos es de nuevo un mero ruido de fondo. Los árboles fluyen. Las estatuas del dios elefante, clonadas al borde de la calle, nos observan, con los colores de la suerte y la sabiduría. Pasan de puntillas algunos edificios altos, de riqueza y limpieza casi obscenas, ridículas, frente al resto de la ciudad. Bordeamos un lago de esta Ciudad Jardín de la India, ex paraíso de pensionistas en busca del clima ideal, frondosidad y tranquilidad, con sus aguas mansas y opacas, reverberantes con el verde fosforito y fantasmal de las algas alimentadas por la contaminación, salpicadas por anillos de gotas esporádicas que nos recuerdan que aquí el tiempo es cíclico y se abraza a sí mismo.

Ya hemos llegado a C.

Pero queríamos ir a A.

En frente hay una verja, y detrás la colina de judías da paso a una calzada húmeda y solitaria, por la que algunos transeúntes avanzan pisando manchas de luz bajo un manto de silencio selvático.